

La filosofía del diálogo intercultural en el pensamiento de Raúl Fonet-Betancourt

The Intercultural Philosophical Dialogue in Fonet-Betancourt's Thoughts

*Álvaro B. Márquez-Fernández** y *Livio R. De Los Ríos Pirela***

Resumen

En este trabajo se analiza la propuesta del filósofo cubano, Raúl Fonet-Betancourt, acerca del diálogo intercultural. Frente a un mundo cada vez más globalizado por el racionalismo económico y la monoculturalidad, el autor considera que la alternativa es la crítica para un “des-filosofar la filosofía” (logocentrismo), que no ha permitido el reconocimiento de las otras culturas desde un contexto en el que la polifonía de voces (dialogicidad), sean escuchadas por todos sin menoscabo de ninguna.

Palabras clave: Filosofía, diálogo intercultural, globalización.

Abstract

In this paper, we analyzed Cuban philosopher Raúl Fonet-Betancourt's proposal in reference to the intercultural dialogue against a globalize world dominated by economic rationalisms and mono-culturalism. The author considers a “de-philosophizing philosophy” (logo centrim) criticism as an alternative. Economic rationalisms and mono-culturalism have not permitted the recognition of other cultures from a context in which the polyphony of voices (dialogistic) can be heard by all without detriment to others.

Key words: Philosophy, intercultural dialogue, globalization.

Recibido: Septiembre 2001 • Aceptado: Octubre 2001

* Filósofo. Profesor del Doctorado en Ciencias Humana de la Universidad del Zulia. Editor de la Revista Utopía y Praxis. E-mail: utopraxis@lez.ve Maracaibo-Venezuela.

** Politólogo, Comunicador Social y Filósofo. liviodelosrios@cantv.net

Introducción

Con el hombre moderno, la razón alcanza un status de universalidad positiva y antimetafísica. Es positiva, porque la razón logra su confirmación de principio cognoscitivo de toda realidad natural e histórica. Es antimetafísica, porque ya no se vale más de supuestos míticos o religiosos con los que pensar el mundo. La racionalidad moderna se abre, principalmente, al dominio científico de mundo: la lógica, el método y el discurso que prevalece es el de una racionalidad objetivadora y el poder que se deriva de ella para la construcción del orden social, político, ético, moral, económico, de las sociedades modernas.

El supuesto filosófico de esta racionalidad es reducir, por la uniformidad y homogeneidad, la diversidad cultural y etnológica. Reducción que responde a las invariantes logocéntricas de una forma de racionalidad ideológica y colonizadora; que no actúa ni dentro ni frente al reconocimiento del otro, puesto que niega su alteridad. Es decir, una racionalidad que impone su monologismo y que no procura la dialogicidad. El mundo de la modernidad se vive como “centro único” de pensamiento y de civilización, quedando los otros mundo culturales excluidos.

Frente a este modelo de filosofía monocultural, Raúl Fornet-Betancourt propone la filosofía del diálogo intercultural. O sea, una filosofía que reclama el diálogo como la condición mínima para que el habla y la escucha de las diversas culturas entre sí se realice. Que funde una ontología de la palabra en la que todos los individuos sean libres para expresarse sin las restricciones de quienes se valen del poder para controlar la acción comunicativa (Habermas), coartando y silenciando la voz de los otros. En tal sentido, la filosofía intercultural es una filosofía polifónica, de más de una voz, más de un pensamiento. Esta es la única alternativa frente a la razón instrumental de la ciencia, causante de la deshumanización de los seres humanos: es necesario reivindicar la razón dialógica como proyecto liberador, en un mundo donde el neoliberalismo y la globalización consideran que la Historia ha llegado a su fin. Para Fornet-Betancourt, necesariamente debe darse

la deposición de hábitos de pensar y de actuar etnocéntricos que bloquean la percepción del otro hasta en las formas más elementales de su alteridad, como por ejemplo, la percepción de su dignidad humana. (...) se trataría de cultivar en consecuencia una apertura descentrada ante el otro, esto es, no buscar desde nosotros o desde nuestro punto de vista, sino dejarnos interpelar por su alteridad y tratar de encontrarlo desde un horizonte propio. (...) En este proceso de con-versión (...) cabe resaltar la disposición a fundar una nueva dinámica de totalización universalizante del otro, basada en el reconocimiento, el respeto y la solidaridad recíprocos (Fornet-Betancourt, 1994: 22-23).

Se trata de alcanzar al otro no tanto desde un “sí mismo”, sino desde un “ser para”, en el que la conciencia de cada quien, se abre a un encuentro recíproco, para el despliegue de una relación intersubjetiva en la que los diversos modos de

vida culturales, se comprenden y se interpretan sin establecer conceptualizaciones reduccionistas de ningún tipo que contribuyan a opacar la presencia de origen y los contextos de acción, en los que las culturas se desenvuelven particularmente. El diálogo de la interculturalidad es la mediación discursiva que sirve para poner en práctica la superación de una filosofía (logos) que se debe “des-filosofar” en sus supuestos racionales, pues ha construido la historicidad un sujeto cuyo pensar (palabra) es hegemónica.

Dice Fornet-Betancourt (1994: 36-37), que “la contingencia de toda forma de filosofía parecer ser (...) la perspectiva de fondo para ensayar responder a la cuestión de cómo hacer filosofía hoy”. No hay saber absoluto, no es posible consentir una racionalidad dogmática que se supone trascendente a la vez que unívoca. Es decir, una sola forma de pensar el ser y su existencia. Se debe relativizar este supuesto porque el desde dónde y cómo hacer filosofía es contingente y respectivo a otras formas de pensares.

La trama del pensamiento moderno se ha nucleado en un discurso hecho por el dominador, y la interpretación de la materialidad ha respondido a sus intereses, subestimando la contextualidad en la que la exposición de este discurso se desarrolla anulando a los otros. La propuesta de Fornet-Betancourt de situarse en el contexto de las culturas, le permite introducir el diálogo en el espacio de la alteridad, con la finalidad de concederle a cualquiera de las culturas el derecho a la libertad y evitar la centralidad, reforzada hoy día por la globalización:

El núcleo de esta alternativa radica en tomar la idea de la interculturalidad como hilo conductor para desarrollar una praxis que, ateniéndose consecuentemente al principio rector del derecho de los seres humanos a tener una cultura propia, no sólo fomenta y cultiva la pluralidad de las visiones del mundo y el respeto mutuo entre las mismas, sino que procura además ser un instrumento adecuado para la realización concreta de una pluralidad de mundos reales (Fornet-Betancourt, 2000:154).

Para “des-filosofar la filosofía”, hay que situar a la filosofía desde la crítica de las representaciones y de las simbolizaciones de su tradición, y reflexionar desde una alteridad en la que la razón sea liberada de una errónea universalidad ontológica y antropológica del mundo, donde los valores de la cultura como expresión de la diversidad no pueden ser totalizados desde un solo punto de vista de la realidad:

(...) des-filosofar la filosofía es liberar la filosofía de la cárcel en la que la mantiene prisionera la todavía vigente hegemonía de la tradición occidental centroeuropea.(...) de la obligación a la observancia de las leyes de un sistema de saber o de un determinado sistema educativo (...) romper con el prejuicio de que la filosofía es un producto de la cultura occidental, y mostrar la monoculturalidad de la definición o comprensión dominante de la filosofía (...) para abrirla a una nueva reformulación desde la participación de

esas otras filosofías que hasta ahora siguen siendo negadas por la tradición occidental hegemónica. (...) se trataría de hacer que la filosofía tenga un presente ocupándose justo de su presente contextual correspondiente (Fornet-Betancourt: 2000, pp. 74-75).

Así, pues, la filosofía del diálogo intercultural plantea la búsqueda de un mundo mejor como respuesta emancipadora y libertaria del pensamiento y de un quehacer humano que, inmerso en el actual proceso de globalización, genere una toma de conciencia, primero individual y más tarde colectiva, de un “ser para” que deviene de una realidad que es compartida a través de un proceso de interlocución y auto-reconocimiento, creación y respeto, de cuanto el hombre es y efectivamente puede llegar a ser.

Esta es una nueva forma de hacer filosofía que empieza por reivindicar el acto distintivo humano de pensar, razonar, crear y de hablar con voz propia, “no dominado ni colonizado culturalmente por ninguna tradición cultural” (Fornet-Betancourt, 1994: 12), valorándose el pasado y convirtiendo a éste en proyecto de futuro abierto, en la oportunidad de hacer realidad cuanto necesita, quiere y espera el ser humano para sí y los demás.

La interculturalidad no puede entenderse como la simple sumatoria de “varias culturas en una” que resultan de una síntesis de relaciones afines y correlativas; por el contrario, la interculturalidad parte del respeto a la diversidad específica de cada cultura, en la que debe superarse la asimetría con el otro, y evitar que unas terminen sujetas y moldeadas por los patrones culturas de otras. “La interculturalidad –afirma Fornet-Betancourt- no apunta pues a la incorporación del otro en lo propio, sea ya en sentido religioso, moral o estético. Busca más bien la transformación de lo propio y de lo común compartido determinado por la con-vivencia” (Fornet-Betancourt, 1994: 23). Lo que destaca el rasgo hermenéutico con que debe interpretarse la forma de pensar del otro, que sólo es posible mientras se guarden los referentes históricos del espacio existencial y valorativo que le sirven de contexto dialógico a las culturas. Es preciso romper

(...) con la pretendida homogeneidad de la imagen del mundo y de la humanidad que propaga la globalización neoliberal, para hacer valer que, aunque marginales y oprimidas en sus fuerzas de configuración histórica de la realidad, las culturas siguen confrontándonos no sólo con distintas visiones del mundo sino con mundos reales con peso propio: siendo precisamente esos mundos culturales el contexto o los contextos a partir de los cuales la filosofía debe reorganizarse o emprender su nueva transformación.” (Fornet-Betancourt, 2000: 85)

No se trata de codificar los léxicos de una cultura y cifrarlos en un léxico hegemónico, que sirva de regulación tautológica a los sentidos de la comunicación abierta que se propone el diálogo entre las culturas. Este diálogo se basa, precisamente, en la posibilidad de liberar los discursos de unos y otros, de esa base de enunciación racio-

nal de la que parten los discursos queriendo imponer lógicas monoculturales a la libertad comunicativa de la que se debe valer el diálogo para comprender al otro. “La cultura no significa una esfera abstracta, reservada a la creación de valores “espirituales”, sino al proceso concreto por el que una comunidad humana determinada organiza su materialidad en base a fines y valores que quiere realizar” (Fornet-Betancourt, 1994: 14). Más todavía, apunta Fornet-Betancourt, que

(...) el diálogo intercultural, como programa alternativo para una comunicación solidaria de las culturas, y partiendo del supuesto de que no hay cultura sin materialidad o contextualidad propia, hace ver que en el conflicto indicado entre contextualidad neoliberal y culturas se debate también, y fundamentalmente, un conflicto entre contextos, es decir, entre la contextualidad económica, financiera y los contextos oprimidos de las culturas de la humanidad (Fornet-Betancourt, 2000: 86).

Es decir, el diálogo intercultural requiere del ejercicio ético de la palabra por quienes están en la trama de un mundo contextualizado por las desigualdades y los conflictos políticos, por la fragmentación de una espacialidad social que ha acentuado la discriminación y la marginalidad. El diálogo que se propone asume su supuesto filosófico de la libertad plena, como instancia de realización y transformación de la realidad de la racionalidad monológica moderna. Se trata de un proceso de transformación

(...) cuya calidad transformativa más profunda radica en que crea las condiciones para que la filosofía, logre una universalidad cualitativamente distinta a la conocida hasta ahora, porque marca el movimiento por el cual la filosofía va creciendo, esto es, universalizándose, desde la compartida comunicación entre los diversos universos culturales (Fornet-Betancourt, 2000: 87)

Su sello en un respeto para lo que le es propio y particular y lo mismo hace para con el otro, por quien se interesa. Implica vencer barreras personales y sociales: antes, durante y después de cualquier encuentro y por consiguiente de cualquier diálogo, para así salir con perfil propio al encuentro de otras culturas que ve como pares, y al hacerlo se plantea vincularse por una comunicación “polilógica” y “polifónica”, entre actores que se valoren como iguales en su condición de seres humanos, sea cual sea su realidad histórica y desarrollo político, económico, social y tecnocientífico.

Es decir, una comunicación real y efectiva, un verdadero diálogo donde cada cual pueda hablar y ser escuchado, entendido, comprendido y aceptado, logrando la identificación y el acuerdo a partir de una interacción en la que la alteridad es el contexto manifiesto en el que las culturas de encuentran, a fin de llevar a la práctica una acción comunicativa en un “espacio compartido”.

Esta materialización corresponde no sólo a comportamientos interiorizados, sino realmente comprometidos y asumidos en realizaciones

acordes con lo convenido desde ese diálogo democrático entre actores libres y dispuestos; estas actitudes, conscientes y asumidas, comprometidas y efectivamente manifiestas las entendemos, en las presentes líneas, siguiendo a Fornet-Betancourt, como “respeto altero”.¹

Se convierte la propuesta de la filosofía del diálogo intercultural no sólo en una esperanza liberadora para el hombre, sino que además se ofrece como realización diaria en los diversos campos del vivir, tanto públicos como privados, de la interacción humana. En este sentido, desde sí y desde la alteridad, es un proyecto que procura tener “un rostro polilógico y polifónico... una plurivisión del planeta... [que no es más que] construir una armonía de los logos y de las interpretaciones del mundo” (Sepúlveda y Avendaño, 1999: 111-115, desde las particularidades integradas; un proyecto de liberación que comienza por “reflexionar sobre la implantación de la misma filosofía, en cuanto se encuentra situada en el “centro” o la “periferia” de este estructurado sistema-mundo, globalizado por el capitalismo con su ideología y dominaciones. Al hacerlo se reconoce inicialmente “en” la periferia desde la óptica de la imposición, ubicada en ella no por la naturaleza de la valoración que en sí misma tiene y, menos aún, del papel que le toca desempeñar, sino por la reiteración de una práctica filosófica que se le ha impuesto, desempeñando un papel castrador y enajenador.

Emplea la filosofía intercultural una postura metodológica interdisciplinaria con otras culturas, lo que le permite enriquecerse en el continuo devenir de su particular caracterización, sin que ella se asuma como absoluto “sino como tránsito y puente para la inter-comunicación” (Fornet-Betancourt, 1994: 13), por lo que elabora su reorganización desde sí en el marco dialógico. Una propuesta polifónica plantea “un proceso continuamente abierto en el que se van dando cita, se van con-vocando y van aprendiendo a con-vivir las experiencias filosóficas de la humanidad” (Fornet-Betancourt, 1994: 12). Este esfuerzo intercomunicativo y dialógicamente polifónico busca:

abrir el espacio compartido e interdiscursivo donde se haga posible la comprensión cabal de la cuestión de la “identidad” de una filosofía, pero también la de la identidad cultural de una comunidad humana determinada... por una constante transculturación de la que “trans-portamos” nuestras tradiciones y dejamos que nos “trans-porten” otras, y nos hacemos así agentes-pacientes de verdaderos procesos de universalización (Fornet-Betancourt, 1994: 14).

Sólo conociendo y comprendiendo el reto planteado y las barreras a enfrentar, podrá hacerse factible esta libertad de comunicación que propicia la filosofía

1 Altero: entendido como un ente genérico, referido a la Alteridad: comportamiento comprometido, individual o colectivo, en directa correspondencia a lo convenido libremente entre actores autónomos y conscientes, mutuamente aceptados y dialó.

del diálogo intercultural por medio de un diálogo liberador, una libertad de comunicación verdaderamente no constreñida desde sí misma o desde el entorno, sino, por el contrario que transitará su particular vía desde el “yo consciente y dispuesto desde la alteridad” al “tú identificado desde igual postura”.

En todo caso, para esta libertad de comunicación no constreñida desde sí misma o desde el entorno, la palabra adquiere una relevancia importante pues procura resumir y representar al mundo interior y exterior; desde esta base se establecen las proposiciones definidas, de contacto y de realización en cuanto son transmisores de un cúmulo significativo de ambiciones, experiencias y valores. La ausencia de la misma imposibilitaría la efectiva comunicación o el simple pase de información: es necesaria como instrumento tanto para liberar como para dominar. Para que el diálogo sugerido por la filosofía intercultural sea realmente “altero”, libre y verdaderamente comunicativo desde una toma de conciencia en sí misma, se requiere que la palabra sea liberada lo más posible de los condicionantes personales y sociales que la constriñen fuertemente –en especial de aquellos valores o contenidos que hacen de ellas instrumentos de influencia, manipulación y control por un sistema que procura la estandarización del hombre como lo es la globalización capitalista-, para ser convenida en ese diálogo polilógico y polifónico con su significado y expresión dialógica y contextual, para que gestos y palabras lleguen a confirmarse mutuamente en aras del fin perseguido.

Si bien puede existir dentro de cada cual la disponibilidad al encuentro, lo plurivisional implica que los interlocutores llevan al mismo sus mundos particulares, que vienen a ser síntesis de experiencias personales y sociales; mundos psicológicos, simbólicos y materiales que le han influido, condicionado y marcado las maneras de ver el mundo, de pensar, de sentir y de actuar. Constituyen estas experiencias las segundas barreras a vencer, desde cada cual, a objeto de entrar al diálogo y más tarde –desde él- a la implantación de lo acordado, con una verdadera posición de apertura, de confluencia, con libertad de expresión para sí y para con el otro. Implica lo anterior la posibilidad de llegar a ceder sin que necesariamente trascienda al deformar: es un convenir para superar, es decir, para formar y transformar en libertad y recíproca satisfacción. “El diálogo intercultural es problemático porque supone en parte el desmontaje teórico de nuestras unilateralidades, pero él es al mismo tiempo el mejor camino para realizar este presupuesto.” (Fornet-Betancourt, 1994: 20).

Ante esta situación compleja, la toma de conciencia se enfrenta a dos instancias en momentos diferentes para el vencimiento de las barreras que se oponen a su entrada y participación en el diálogo, y en la implantación de lo acordado desde él. En cuanto a la primera instancia esta se constituye en el campo de lo denominado personal, en la que cada mundo psicológico particular lleva la carga de a) su caracterización propia (miedos, dudas y sentimientos positivos, temperamento, carácter y personalidad, entre otras), originada en b) una experiencia e interpretación de lo vivido, que orientan al hombre y colectivo a la consecución de c) sus aspiraciones, ambiciones y proyectos personales (poder y gloria), que se terminan resumiendo en d) el estilo de vida de cada actor participante.

En el plano social, lleva el hombre una cultura heredada y expresada en lo material y simbólico, constituida por valores, tradiciones y costumbres originadas principalmente por a) la cultura, b) el sistema político y c) el sistema económico en los cuales ha crecido y vivido; ellos han ejercido un fuerte papel por los llamados medios de culturización, es decir, medios de comunicación (familia, escuela, iglesia, grupos de referencia social) y medios de información (inadecuadamente denominados por muchos como “medios de comunicación de masas” (-auditivos, impresos y audiovisuales-)).

Por lo tanto, la propuesta de la filosofía del diálogo intercultural, parte de una postura de liberación interior que trasciende a lo social, a lo público; todo ello implica exponerse a una confrontación con el modo de pensar, sentir y actuar que hasta el momento limita las posibilidades de reafirmación y progreso asumido, no pautado y dependiente. Implica enfrentarse a lenguajes y a manifestaciones personales y culturales, propias y extrañas, y a intereses que ex profeso o pasivamente se convierten en frenos al planteamiento de liberación y encuentro “altero”, por lo que se requiere partir de la voluntad de cambio derivada de la toma de conciencia y acción recíproca de actores con reconocimiento a sí mismos, a cada cual, al otro y al proyecto de cambio.

Esas actitudes de reflexión y confrontación ni son fáciles ni son únicas: es difícil romper con patrones que se tienen como verdades veneradas por largo, largo tiempo; ni es única porque requiere de una continuidad tanto antes, como durante el diálogo y en toda la implantación de pautas y hechos convenidos. Desde esa conciencia se gesta la posibilidad de una disposición y concreción al y del encuentro, de la comunicación y su suprema expresión dialógica y por ende “altera”, del comportamiento comprometido, perseguido y realizado - el “respeto altero”- en un espacio compartido por mutuo acuerdo.

Es necesario insistir en que se requiere tener conciencia, en saber que se emprende una ardua tarea en sí y hacia fuera, y en ambos planos a la vez, tanto antes, como durante y después del diálogo para la implantación de lo convenido, dado que las fuerzas internas de sí mismos y del entorno no habrán de ceder terreno sin oponer resistencia; constituye una revolución continua del modo de pensar, razonar, sentir y actuar desde las particularidades y diversidad. Así el hombre requiere estar alerta sobre sus particulares sentimientos y motivaciones, ambiciones y proyectos, sobre todo los de poder y gloria, que sin duda alguna se encuentran sujetos a presiones y a cambios, lo que implica un riesgo constante, una amenaza latente para el diálogo y su “respeto altero”. Amenazas que se originan no sólo desde el interior del actor involucrado como ser humano en sí en cuanto sujeto dinámico, sino también y tal vez con más fuerza desde el entorno, cambiante desde los diversos planos (cultural, político y económico) que se acentúan en la medida que la concreción del diálogo sea percibida o detectada como acción subversiva del orden establecido. De darse, como se pretende, implicará una transformación en lo individual y en lo colectivo, una verdadera revolución mental y social, del saber y sus instrumentos, del lenguaje y sus contenidos, de la sociedad en un continuo, del filosofar en un pleno devenir.

Para la filosofía intercultural, el intercambio no podría limitarse entonces al nivel conceptual, sino que tendría que abarcar formas históricas –concretas de trato con la vida, desde el comercio hasta el culto... La con-vivencia apunta así a esa forma superior de armonía que puede designarse con el nombre de solidaridad. La solidaridad supone y quiere al otro desde su alteridad y exterioridad (Fornet-Betancourt, 1994:32-33)

No obstante lo presentado en estas líneas, cabe señalar que los poseedores y detentadores del poder, de la acción de penetración y control, difícilmente estén motivados a plantarse una propuesta de diálogo en alteridad, puesto que el mismo implicaría un “respeto altero”, una libertad de expresión tal que atenta a la larga contra el carácter hegemónico que pretenden perpetuar, a pesar de que en principio se compartan los mismos postulados universales que ellos mismos defienden. Por lo tanto que se planteen a priori y motus proprio este enfoque es, de suyo, realmente difícil; hacerlo es poner en riesgo su influencia, su poder, su “conciencia de plenitud y superioridad”.

Es aquí, en ambos instantes, donde se hace necesaria la implantación de tal respeto desde la alteridad, para que el diálogo avance en y con palabras y hechos, y éstos puedan “abarcar formas históricas –concretas de trato con la vida, desde el comercio hasta el culto”; dicho en una frase, en un verdadero espacio compartido, convirtiéndose en un genuino diálogo liberador.

Referencia

- De Los Ríos, Livio (2000). Del respeto altero al diálogo liberador. Globalización, diálogo y filosofía intercultural. Trabajo especial de Grado para optar al título de Lic. en Filosofía en LUZ. Maracaibo, Venezuela.
- Fornet Betancourt, Raúl. (1994). *Hacia una filosofía intercultural latinoamericana*. DEI, San José, Costa Rica.
- Fornet Betancourt, Raúl. (2000). *Interculturalidad y globalización*. IKO-Verlag für interkulturelle Kommunikation (Frankfurt)-Departamento Ecueménico de Investigaciones (DEI, San José, Costa Rica).
- Sepúlveda, Manola y Avendaño Caludia (1999). Raul Fornet-Betancourt y la filosofía intercultural, *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Año: 4, n°. 6, enero-abril. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela